



Historia de Colombia. El establecimiento de la dominación española

Por Jorge Orlando Melo

Capítulo 3

Los pueblos indígenas del territorio colombiano

(se reproduce sin notas)

1. La ocupación indígena del actual territorio colombiano	1
2. Los Principales Grupos del Territorio Colombiano en el momento de la Conquista.....	5
I. Los Indígenas de la Costa Atlántica	5
II. Los indios del Valle del Cauca	7
III. Los habitantes del Valle del Magdalena y sus vertientes.....	9
IV. Los Chibchas	11
V. Otros pueblos del oriente colombiano	14
VI. Los pueblos del macizo colombiano y de la altiplanicie de los Pastos	15
VII. El tamaño de la población indígena en el momento de la conquista.....	16
VIII. El nivel de desarrollo de los indígenas colombianos	19



BANCO DE LA REPÚBLICA
BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO - BOGOTÁ D. C.

Fuente: Biblioteca Virtual del Banco de la República (Colombia)

<http://www.banrep.gov.co/blaavirtual/letra-h/hicol/hicol.htm>

1. La ocupación indígena del actual territorio colombiano

Los estudios sobre los primeros grupos humanos en Colombia y su desarrollo hasta la época del descubrimiento europeo son aún escasos y pobres. Apenas se han realizado excavaciones arqueológicas en una parte mínima del territorio donde podrían encontrarse restos de culturas prehistóricas; los hallazgos de herramientas o cerámicas han sido analizados en forma no muy sistemática y estudios que podrían llevar a conclusiones más o menos firmes sobre poblaciones muy alejadas en el tiempo, como los basados en la medición de la magnitud de los residuos orgánicos, están por fuera de las posibilidades de los investigadores colombianos.

Sin embargo, puede afirmarse con alguna certeza que el hombre llegó al territorio colombiano al menos hace unos 10 o 12.000 años, siguiendo un camino que venía del norte. Sus antecesores habían cruzado milenios antes el estrecho de Bering; ahora estos grupos, sobre cuya cultura poco sabemos pero que vivían sin duda de la pesca y la recolección de alimentos silvestres, cruzaban el Istmo de Panamá y el Darién en dirección al sur; restos humanos de este periodo se han encontrado incluso en la sabana de Bogotá¹. Pero es probable que desde antes hubiera habitantes en Colombia; el hecho de que el Perú tuviera hombres hace al menos 22.000 años así lo sugiere².

En las zonas de la costa Atlántica, donde se conoce algo mejor la secuencia de culturas, parece que los primeros habitantes se orientaron hacia la caza, pero fueron reorientando sus actividades ante la desaparición de los grandes mamíferos, en proceso hacia el año 7000 a. C. Para el año 3000 se encuentran los primeros restos fechables de una cultura que combinó la caza menor con el consumo de moluscos: grandes acumulaciones de conchas han quedado como índices de estos pueblos. Se sabe que los miembros de estas culturas, que estaban en camino de adoptar una habitación sedentaria, elaboraban ya artefactos de arcilla, desde antes de dedicarse a actividades agrícolas.

La base alimenticia de estos pueblos era esencialmente de productos del mar, pero existen algunas evidencias de que se fueron extendiendo hacia el interior, al menos hasta la confluencia del Cesar y el Magdalena. El abandono de la costa implicaba un cambio de las condiciones ambientales y alimenticias: la pesca, que pudo servir de base para las primeras comunidades sedentarias, fue acompañada en forma cada vez más marcada por el cultivo de la yuca, introducido probablemente de Venezuela en el segundo milenio antes de Cristo.

La aparición de la agricultura permitió una mayor independencia del medio y dio campo a la ocupación de zonas antes inhabitables. A partir de su implantación se confirma el sedentarismo de algunos pueblos. Las herramientas se modifican y aparecen, en el territorio colombiano (culturas de Malambo y luego de Momil) instrumentos de piedra pulimentada y objetos de concha y hueso. La productividad de la yuca debió permitir un crecimiento mayor de la población y el desarrollo de otras habilidades artesanales. En la época asociada con la adopción de la yuca surgieron los tejidos de algodón y la cerámica se hizo más variada, con la aparición de figurillas humanas, pitos zoomorfos y decoraciones bicromadas y policromadas.

Antes del año 200 a. C. se introdujo en las culturas de la costa el cultivo del maíz, hecho posible tal vez por las transformaciones climáticas que hicieron el tiempo más húmedo y lluvioso hacia el 700 a. C. El hecho de que conjuntamente con el maíz aparezcan alteraciones culturales de gran semejanza con elementos mexicanos hace suponer que fue traído del norte, donde se cultivaba al menos desde el 3.500 a. C.; una nueva migración mesoamericana puede muy bien haberlo introducido.

El maíz tenía importantes ventajas sobre la yuca, y podía alimentar una población más elevada: es posible que su introducción hubiera estado ligada a la necesidad de realizar un cultivo más intensivo de la tierra para responder a la presión de una población creciente. El maíz da dos o hasta tres cosechas anuales, es almacenable durante períodos más o menos largos y requiere menos trabajo por hectárea que la yuca, que exige atención continua durante gran parte del año. La ventaja decisiva del maíz estaba sin embargo en el hecho de que permitía expandir las zonas de cultivo hacia las laderas de las montañas y los valles interandinos: a finales del último

milenio antes de Cristo empezaron a ocuparse los valles del Magdalena y el Cauca, así como sus vertientes.

Social y culturalmente las consecuencias de la introducción del maíz fueron visibles de inmediato: existen indicios de un aumento en la división del trabajo, e incluso de la aparición de ceramistas especializados; es probable que otros especialistas hayan surgido igualmente. Las figurillas de cerámica indican la existencia de rituales curativos y prácticas shamanistas; otros indicios arqueológicos revelan la presencia del canibalismo. Todo lo anterior implica al menos la aparición de personas que desempeñan funciones rituales, y puede apuntar hacia el primer esbozo de diferenciación social dentro de las comunidades primitivas.

Al lado de esta expansión de las culturas de la costa Atlántica se dio un proceso independiente en la costa del Pacífico. Allí aparecen señales de influencias mexicanas desde comienzos del primer milenio antes de Cristo, traídas probablemente por oleadas sucesivas de pequeños grupos de navegantes. También allí aparece una cultura del maíz, con cerámicas avanzadas y figuras antropomórficas: los grupos más notables son los de Tumaco (siglo V a. C.) y Calima (a partir del siglo III a. C.). Hacia el año 300 antes de Cristo estas zonas recibieron el influjo de una nueva migración mexicana: a la cultura del maíz, que había venido acompañada de montículos funerarios, sarcófagos monolíticos y espejos de obsidiana, se añadieron tumbas con cámaras laterales, husos, sellos, pitos biomorfos y el hábito de la deformación craneana. La cerámica Calima, con sus figurillas humanas con gruesos labios, es evidentemente de origen mexicano; al lado de esto se desarrolla una avanzada metalurgia del oro.

Estas culturas del maíz del occidente colombiano formaron un complejo que se expandió probablemente hacia el interior, en especial alrededor del núcleo Calima. Se trataba de comunidades agrícolas sedentarias, sin un poder centralizado, con habitantes que vivían dispersos en medio de las parcelas, con cierto grado de estratificación social y de especialización laboral. La cultura vio el surgimiento de formas de religiosidad con ídolos, templos y sacerdotes, cementerios y prácticas shamanísticas, así como indicios del culto al jaguar que se presenta en casi todos los sitios donde es probable la influencia mexicana.

Una cultura ligada a estos complejos es la de San Agustín, que se desarrolló en forma muy notable entre los siglos VI y XII. Cultivadores del maíz, con una densa población, grados iniciales de división social y religiosidad ligada al culto al jaguar, lo que los diferencia de las demás culturas de la zona es la monumental estatuaria de piedra, la más notable del territorio colombiano, y que quedó como testimonio de este pueblo después de su desaparición, aún inexplicada.

Entre tanto, en la costa Atlántica continuó el desarrollo de culturas sedentarias agrícolas vecinas a ríos y lagunas. En La Guajira se ha investigado una secuencia clara en el río Ranchería (La Loma, El Horno, Los Cocos, Portacelli), las partes bajas de la Sierra Nevada y el Valle del Cesar. La característica más notable es una avanzada cerámica bicolor con influencias centroamericanas. Los indios de la región parecen haber abandonado la zona antes de la llegada de los españoles, tal vez por la transformación del clima local, que se fue haciendo desértico: hacia el 1500 quedaban algunos restos en los valles del río Seco y Badillo.

En la región de Zambrano es posible seguir la evolución cultural durante un largo periodo: desde los pescadores de conchas a los agricultores del maíz y la formación de pequeñas aldeas nucleadas, a la aparición de aldeas extensas que unían pesca, agricultura y una cerámica muy avanzada. Gran parte de la población de la costa a la llegada de los españoles, desde Cartagena hasta Urabá, podía provenir de estos grupos.

Más avanzados fueron los habitantes del Sinú y el San Jorge: su cultura, que dejó cerros funerarios, que usó la técnica del oro hueco vaciado, no tiene precedentes locales, y se ha sostenido que debió de originarse en el Valle del Cauca, con algunas de cuyas culturas (sobre todo los quimbayas) tiene ciertas semejanzas. La agricultura Sinú alcanzó niveles de desarrollo muy altos, hasta el punto de usar en forma habitual sistemas de riego que suponían la existencia de fuerza laboral organizada por autoridades suprafamiliares. A la llegada de los españoles formaban todavía una cultura viva y densa, que no soportó el contacto con los invasores europeos.

Hacia fines del primer milenio después de Cristo, muchos de los valles andinos habían sido ya ocupados por poblaciones agrícolas, y se daba ya cierto comercio continuo entre los diversos grupos, más especializados económica y culturalmente que los grupos costeros: el oro, el algodón, la sal se movían de un sitio a otro. Las zonas del occidente se destacaron por la producción y la elaboración del oro, entre los que fueron muy notables los grupos del Valle del Cauca conocidos como quimbayas, que desarrollaron la orfebrería mucho más que sus antecesores culturales, los calimas. En las zonas de la cordillera Oriental y del sur se implantó el cultivo de la papa, tal vez traída del Perú, que se añadió a la yuca y al maíz como eje de la agricultura local. El cultivo del maíz se extendió y alcanzó sitios tan inesperados como las selvas del Pacífico y las riberas del San Juan que se encontraban ya muy pobladas durante el siglo IX, cuando incorporaron el maíz a su economía.

Hacia el año 1000 comienza a generalizarse en varias partes el entierro en urnas funerarias; es muy probable que esta innovación cultural haya sido el resultado de influencias de nuevos grupos. Quizás fue traída esta costumbre por los caribes, un pueblo que comenzó a extenderse por la costa Atlántica y penetrar por los valles del Magdalena y el Cauca. Poco sabemos sobre las fechas de esta migración, ni sobre las rutas precisas utilizadas; incluso son muy fuertes las dudas existentes acerca del carácter caribe o no de muchos de los pueblos encontrados por los españoles. Para muchas de las regiones donde hay algunos rasgos culturales caribes no resulta posible, con los conocimientos actuales, decidir si en el siglo XV los pueblos en cuestión eran de origen caribe, o pertenecían a pueblos anteriores que habían prestado algunas costumbres a los recién llegados, o si se trataba de grupos en los que los caribes sojuzgaron las poblaciones existentes sin destruirlas; ésta es la situación para buena parte de las tribus del valle del río Cauca y para buena parte de la Costa Atlántica. Los españoles se acostumbraron a denominar caribes a los grupos que ofrecieran mucha resistencia armada, utilizaran arcos con flechas envenenadas y practicasen el canibalismo y la sodomía. Un rasgo más significativo es la ausencia de caciques permanentes, que los diferencia de pueblos políticamente más evolucionados.

Por último, en los siglos anteriores al descubrimiento, se desarrollaron aceleradamente dos pueblos emparentados entre sí, al menos lingüísticamente: los taironas y los muiscas o chibchas. Los primeros habitaron las laderas de la Sierra Nevada de Santa Marta y los últimos la altiplanicie de Cundinamarca y Boyacá. Estos dos grupos alcanzaron el mayor avance cultural en el territorio colombiano y se encontraban en pleno florecimiento en el momento de la invasión española. Adelante se hace un resumen un poco más amplio de su cultura.

Así pues, hacia 1500 la mayor parte del territorio colombiano, en especial la costa Atlántica y los valles fluviales interandinos, se encontraba poblado por diversos grupos indígenas. De la mayoría de ellos sabemos muy poco, y las relaciones entre unos y otros son bastante oscuras. Diversas capas migratorias se superpusieron en un período de milenios; la mayoría provenían del norte, pero es posible que los Llanos y las zonas del Amazonas se hayan poblado desde el Brasil. Lingüísticamente se han clasificado los idiomas de buena parte de los indios colombianos en los grupos caribes, chibcha y arawak. Los últimos se encontraban en La Guajira y en algunas partes de los Llanos Orientales; los chibchas comprendían los chibchas del oriente colombiano (muiscas), los Cuevas y Cunas del Darién, los Tayrona, y algunos grupos del sur (Páez), y de las vertientes orientales (tunebos). Los caribes incluían los indios del Magdalena (pantágoras, muzos, panches, pijaos) y al menos parte de los pueblos de la costa Atlántica y del río Cauca. Pero muchos grupos quedan por fuera de esta clasificación, y se ha sostenido que no corresponde a las realidades de la división entre grandes grupos indígenas. La información es tan escasa, que indios como los del Valle del Cauca han sido clasificados como caribes por muchos investigadores, sobre todo por su canibalismo, mientras que un historiador y etnógrafo tan informado como Hermann Trimborn los incluye entre el grupo chibcha. Sólo estudios mucho más detenidos podrán alguna vez ayudar a dilucidar algo el problema.

2. Los Principales Grupos del Territorio Colombiano en el momento de la Conquista

En las páginas siguientes se presenta una imagen esquemática de los más notables rasgos de los principales pueblos indígenas que habitaban el país a la llegada de los españoles. El mapa 1 permite formarse una idea aproximada de la distribución de tales grupos en el territorio de la actual Colombia, pero no debe considerarse como un mapa muy exacto; los nombres incluidos representan a veces grupos independientes ("carrapas", "catíos"), a veces denominaciones colectivas que abarcaban varias tribus independientes ("panches") y a veces comunidades que integraban en alguna unidad superior elementos subordinados ("chibchas").

I. Los Indígenas de la Costa Atlántica

Como ya se ha señalado, la costa fue uno de los sitios poblados desde las épocas más lejanas. En el momento de la llegada de los españoles se encontraba habitada desde La Guajira hasta el Darién por un conjunto de pueblos de diversos orígenes, idiomas y grados de desarrollo. La Guajira probablemente no se hallaba poblada muy densamente: el clima podía ser ya similar al actual, que hace muy difícil la agricultura e impide por lo tanto un crecimiento demográfico notable. Los guajiros actuales son de origen y lenguaje arawak; es probable que las comunidades encontradas por los españoles lo hayan sido también, así como los indios de Ranchería y de algunas de las estribaciones de la Sierra Nevada. Más al sur, los indios del Valle de Upar (ríos Badillo, Guatapurí y Cesar) parecen haber conformado muy densas poblaciones, por los informes de los cronistas y conquistadores, pero poco se sabe de su cultura, pues desaparecieron muy rápidamente.

El grupo más importante de la costa Atlántica, y probablemente el de más alto desarrollo tecnológico en el país era el tairona³. En las partes bajas de la Sierra Nevada y en algunas llanuras vecinas había desarrollado una avanzada agricultura —maíz, yuca, ají, algodón— de la que fue importante característica el uso amplio de procedimientos de irrigación. Vivían en aldeas nucleadas, a veces, por lo que parece, bastante extensas, con calles, templos y otros edificios públicos. Las habitaciones eran de madera, pero utilizaron la piedra para usos arquitectónicos, especialmente en caminos y escaleras de piedra. La cerámica, la escultura en piedra y el trabajo del oro, en aleación con el cobre (tumbagá), habían alcanzado un grado que da testimonio de la existencia de artesanos especialistas. El lenguaje que hablaban era probablemente chibcha; sus descendientes, por lo que parece, los cogui de hoy, hablan una lengua de este grupo. Otros rasgos culturales dan indicios de afiliación con culturas mexicanas, como el culto al jaguar; pero el uso de arcos y flechas envenenadas sugiere una adopción de técnicas guerreras de los caribes vecinos. Este hecho, junto con la elevada población (el cacique de Pocigueyca, relatan los cronistas, llegó a reunir 25.000 guerreros contra los españoles) y la existencia de una organización política con caciques hereditarios permanentes, y quizás con esbozos de confederación entre las diversas aldeas, explican su resistencia a la conquista española: contra la tendencia usual, que fue la del sometimiento rápido de los pueblos culturalmente más avanzados y con una mayor diferenciación social interna, los taironas resistieron vigorosamente a los españoles y el esfuerzo de éstos por convertirlos en una pacífica población servil resultó fallido.

Los indios de la parte baja del Magdalena (cocinas, bocinegros, malibúes) y de la costa del occidente de la desembocadura, hasta el golfo de Urabá (Calamares, Urabaes y otros grupos) han sido descritos habitualmente como caribes. Ya la cédula de Isabel de 1503 autorizaba su captura sobre esta base, con el fin de venderlos como esclavos. Los indios, sometidos a ataques esclavistas, se defendieron con la mayor tenacidad hasta que Pedro de Heredia los sometió en 1533 y 1534. A pesar de los efectos de tres décadas de guerra y esclavización, la población era aún muy abundante. Sabemos por los cronistas y conquistadores que eran buenos guerreros y usaban flechas envenenadas, un rasgo usualmente asociado con los caribes; Pedro Simón, sin embargo, sostiene que no comían carne humana ni practicaban la sodomía —otros rasgos atribuidos usualmente a los caribes— y que afirmaban que su origen era el mismo que el de los indios del occidente hasta la frontera con Panamá; esto apuntaría a una posible relación con los Cuevas y quizás con los grupos chibchas. Resulta al menos verosímil que la densa población de la zona no haya desaparecido con la invasión caribe, que debió llegar hacia el año 1200, pero

poco se sabe con certeza. La agricultura era esencialmente del maíz y la yuca, con una participación elevada de la pesca en el sostenimiento de la población. Los caciques eran permanentes, por lo que puede deducirse de los testimonios; también este rasgo llevaría a clasificarlos en un grupo diferente del caribe⁴.

En el Sinú medio y quizás bajo, así como en las llanuras que separan este río del San Jorge se encontraba otro grupo cultural relativamente avanzado; los llamados Sinúes. Según los relatos de los indios, los sinúes se dividían en tres reinos: Fincenú, en el área del río Sinú, donde estaba el grupo más fuerte y al cual los otros rendían algún tipo de homenaje: allí enterraban sus muertos importantes, lo que explica la gran riqueza de las tumbas de la región; Pancenú, en las llanuras del San Jorge y por último Canufaná entre el San Jorge y el bajo Cauca. Sin embargo es probable que se tratara de relaciones puramente culturales y basadas en afinidad lingüística, religiosa, etc.; no hay indicios fuertes de que se tratara realmente de tres grandes reinos, y lo más probable es que los indios vivieran en pequeños reinos separados, gobernados por caciques permanentes; la posible superioridad del cacique del pueblo de Cenú (o de la cacique, según resulta de varias versiones) puede haber sido esencialmente religiosa. La agricultura, como la de los taironas, había llegado al punto de utilización de sistemas de riego, lo que indica la presión de una densa población; la existencia de especialistas orfebres —que mezclaban, según Fernández de Enciso, el oro con plata—, la presencia de especialización regional y de un activo comercio sugieren un desarrollo económico notable. El más importante especialista, Gordon, sostiene con base en argumentos económicos, ecológicos y geográficos que la población podía muy bien haber sido cercana al millón de habitantes; sin embargo, cuando Heredia, entró a conquistarlos, en 1534, la población había disminuido y los indios aludían a epidemias recientes que habían traído la muerte a muchos habitantes de la zona. Es probable que las expediciones anteriores y contactos indirectos con los españoles hubieran servido para propagar enfermedades europeas en la zona, antes de la llegada misma de los conquistadores. Pero no todos desaparecieron: todavía hoy se encuentran algunos descendientes de estas tribus en el alto Sinú; sus rasgos culturales actuales, así como los relatos de la época de la Conquista y la demás información disponible, indican que se trataba de un grupo diferente de los caribes⁵.

Grupos caribes parecen haber habitado la región occidental del golfo de Urabá. Varios autores, sin embargo, consideran dudosa la filiación, que se basa en la resistencia ofrecida por los indios a las primeras poblaciones españolas en 1510, al carácter belicoso y el uso de flechas envenenadas; el nombre geográfico de "Punta Caribana" en el golfo fue relacionado por los cronistas y escritores desde el siglo XVI con la existencia de indios caribes. La situación es muy confusa por la dificultad para ubicar los pueblos mencionados por cronistas y conquistadores: el cacique Urabá aparece en algunas fuentes como perteneciente a la zona de la Punta "Caribana"; en otras se le relaciona con el grupo Sinú, y se denomina Urabá a la parte occidental del golfo sin la Punta Caribana. Como se trataba de una zona de frontera cultural, que bordeaba con los pueblos chibchas del Darién, con los habitantes del Sinú, con contactos con Dabeiba, y sometida a la presión caribe, no es de extrañar que los cronistas nos hayan dejado imágenes contradictorias, que no podrían precisarse sin estudios arqueológicos muy detallados.

Mejores informaciones existen sobre los habitantes de las bocas del Atrato, hasta el cabo Tiburón: eran indios del mismo grupo de los habitantes de Panamá y Costa Rica conocidos como Cuevas, todos los cuales hablaban un lenguaje chibcha. Los Cunas, descendientes de estos grupos, hablan hoy un idioma de esta rama. Estos pueblos tenían una sociedad bastante jerarquizada: cada pueblo estaba gobernado por un cacique hereditario (llamado quevi; la palabra cacique es de las Antillas, introducida por los españoles), que era acompañado por jefes secundarios. También existía una especie de aristocracia hereditaria. El gobierno era hereditario y la autoridad de los jefes muy amplia, pero aún no se habían desarrollado formas de tributo muy onerosas: "los señores —nos dice un cronista— no tienen tributo distinto del servicio personal": en la guerra, para hacer una casa o realizar la siembra para el jefe, los indios iban a realizar el trabajo mientras el cacique ofrecía un festejo con alimentos y bebidas alcohólicas. La habitación era usualmente dispersa en casas familiares aisladas, lo que sugiere que la guerra no era muy frecuente; razones topográficas pueden explicar algunas concentraciones aldeanas en pueblos como el de Darién (donde se estableció la fundación española de Santa María la

Antigua) y en las riberas del Atrato. Razones similares pudieron impulsar la construcción de viviendas en los árboles a lo largo del Atrato. La economía se basaba en el cultivo de yuca, maíz, batatas, complementado con la pesca y la caza. La yuca —dulce, como en general en el territorio colombiano— se comía asada: el cazabe parece ser innovación posterior a la llegada de los españoles. El maíz servía para hacer una especie de pan y para elaborar chicha, común a todo el complejo chibcha. La metalurgia usaba aleaciones de oro y cobre; ambos productos se obtenían principalmente mediante el comercio, aunque no se sabe con certeza de dónde podían hacer llegar el cobre. No es muy clara la afiliación de algunos grupos vecinos a los chibchas de la zona pero es posible que la mayor parte de los indios encontrados por los españoles en las riberas del Atrato hasta la desembocadura del Murri (Abraime, Abenamaque, Abibeima) fueran del mismo grupo lingüístico; lo mismo ocurre con el reino de Dabeiba y los demás habitantes de las vertientes del León y el Río Sucio: en la cuarta década del siglo XVI los caciques de Urabá, Darién y Dabeiba afirmaban pertenecer a la misma familia aunque detrás de esto podía haber intereses del momento.

En el Atrato existían sin embargo grupos claramente diferentes de los del Darién. Arriba del Murri los españoles encontraron caníbales que vivían en aldeas nucleadas, pero que no parecen corresponder a los Chocó, que posteriormente ocuparon la región. Los Chocó probablemente vivían dispersos, en medio de la selva tropical; los primeros españoles parecen no haber advertido su presencia, que bien podía haberse extendido hasta la serranía del Baudó y hacia las fuentes del río San Juan, donde quedan hoy rastros del grupo chami, relacionado con los Chocó. De éstos, conocidos por los españoles, por su belicosa actitud, el uso de flechas envenenadas y la antropofagia, quedan hoy representantes en el actual departamento del Chocó y en Panamá, divididos en dos grupos lingüísticos: el embera y el wuanuna. Los catíos, que habitan actualmente en el occidente de Antioquia, pertenecen a los chocó, y el hecho de que sean conocidos con el nombre de la antigua tribu catía se debe probablemente a que vinieron en siglos posteriores a ocupar su región.

II. Los indios del Valle del Cauca

El Valle del Cauca, en toda la extensión de los alrededores de Popayán hasta la desembocadura del Nechí, junto con sus vertientes y con la zona de valles de la cordillera Occidental habitada por los llamados catíos, y por los indios de Abibe, Guaca y Nori, que consideraremos aquí conjuntamente con los pueblos del propio valle, estaba densamente poblada en el momento de la conquista, por diversas comunidades indígenas sobre las cuales tenemos una relativa riqueza de información etnográfica y de las cuales queda una cantidad elevada de objetos sobre todo de oro y cerámica. Pero pese a esto no es posible aún elaborar una explicación definitiva sobre los diversos problemas planteados por el estudio de la región. En tan vasta área los españoles tropezaron con pueblos similares en ciertos aspectos, pero de muy diverso nivel cultural, con diferentes costumbres, adaptados a ambientes ecológicos que iban desde llanuras naturales cálidas hasta los sitios elevados de las cordilleras. ¿Provenían estos grupos de un mismo pueblo primitivo? ¿Qué relaciones tenían con otros grupos indígenas americanos? ¿Los elementos esenciales de su cultura habían sido creados en la zona o eran el resultado de influencias más o menos lejanas? Para estas preguntas y muchas más sólo tenemos sugerencias poco firmes y apenas aproximadas.

Simplificando drásticamente una situación en la que las diferencias entre un grupo y otro son muy marcadas y ricas, puede decirse que los indios de la región vivían en comunidades sedentarias, dedicadas esencialmente a la agricultura de maíz, complementada por la pesca y la caza. Cada grupo, independiente de sus vecinos y a veces de diferente lenguaje, era gobernado por un cacique hereditario, que conducía a los varones a la guerra. Con la única excepción probable de los catíos, esta institución del cacicazgo hereditario —que reemplaza el sistema, propio de comunidades menos desarrolladas, de elegir un cacique para la guerra— revela un esbozo de formas permanentes de autoridad. A esto se añadía usualmente la presencia de capitanes, también hereditarios, que ejercían alguna autoridad sobre las distintas divisiones del pueblo. Caciques, capitanes y otros individuos principales, incluyendo los encargados de las funciones religiosas y mágicas, usaban signos exteriores de preeminencia y tenían derechos y privilegios especiales. De modo que nos encontramos ante sociedades en las cuales comenzaba a formarse una estratificación social permanente, aunque todavía no existieran clases o estratos

sociales basados en funciones económicas diferentes de sus miembros. La presencia de esclavos en algunas tribus no invalida esta afirmación: se trataba usualmente de prisioneros de guerra que se conservaban para el servicio personal de individuos, de alto rango y para ser sacrificados de acuerdo con las prácticas religiosas de sus captores.

El potencial demográfico de estos grupos, muchos de los cuales vivían en aldeas nucleadas, probablemente por efecto de la actividad guerrera, era relativamente alto: los cronistas hablan de comunidades de varios miles y a veces de decenas de miles de habitantes; estos datos son congruentes con el grado de desarrollo agrícola de la zona y con la presencia de especialistas artesanales, inferida del grado de desarrollo de la alfarería, la producción de mantas de algodón, la orfebrería (especialmente la del grupo quimbaya), así como de la existencia de especialización regional y de un activo comercio intertribal, originado en el control por parte de un grupo de determinados productos como el oro o la sal. Todo lo anterior hace pensar que por lo menos los artesanos dedicados a la producción de objetos para intercambio se habían especializado en sus oficios, aunque el resto de la población continuara dedicada a la producción de alimentos y de artesanías para consumo propio, y cuando era necesario, a la guerra.

Los españoles advirtieron con horrorizada sorpresa la extensión de la antropofagia en la zona; la literatura de los cronistas está llena de vigorosas descripciones de esta costumbre, que hacía que se diera a los indios el inmediato apelativo de caribes. Hasta donde se puede saber, el canibalismo afectaba principalmente a prisioneros capturados en tribus vecinas, que eran a veces conservados para el sacrificio en ocasiones solemnes. No parece que se hubiera practicado la antropofagia por razones directamente alimenticias, ni entre miembros de la misma tribu. Su sentido era quizás el de capturar, al ingerir el cuerpo del guerrero enemigo, las virtudes y cualidades de aquél, aunque esto no excluye otras motivaciones: los españoles dan fe de casos en los que los indios afirmaron haberle cogido especial gusto a la carne humana. Por lo demás, el sacrificio de la víctima respondía a las ideas religiosas del grupo y constituía seguramente un holocausto a las deidades propias. Es probable que la antropofagia hubiera aparecido en la región como consecuencia de migraciones o influencias más o menos recientes. Los elementos rituales incluidos en los sacrificios señalan influencias centroamericanas, a las que bien pudieron añadirse en época más cercana los efectos de la invasión de grupos caribes. Por último, el crecimiento de la población de la región pudo acentuar el canibalismo, al aumentar la tensión entre los grupos vecinos, con necesidades territoriales crecientes, y al elevar la frecuencia y magnitud de las actividades bélicas.

En resumen, puede sostenerse que la mayoría de los pueblos de la región habían hecho la transición de una estructura tribal a un estado de desarrollo que podemos calificar como de "reinos", o "señoríos", con jerarquización social, jefatura hereditaria, especialización regional o individual de la producción y existencia de una autoridad central con funciones relacionadas con la distribución e intercambio de excedentes económicos (tributación). Quizás algunos de los grupos apenas comenzaban a abandonar la instancia tribal, como los catíos⁷, pero en el otro extremo es posible que en la región del norte de Antioquia (la zona de Guaca, en los valles del Río Sucio, el Urama y el Uramita, gobernada por Nutibara al llegar los españoles) y tal vez en Popayán comenzara a surgir un "estado", que unificaba varios señoríos, con esbozos de estructura de clases y una casta militar-sacerdotal con funciones políticas permanentes.

Pero los rasgos comunes señalados hasta aquí no deben dejar perder de vista las amplias diferencias entre los diversos señoríos de cada región, que pudieron originarse en las distintas respuestas a las particularidades del medio o en el influjo de grupos extraños. Así, por ejemplo, mientras unas comunidades usaban como armas fundamentales las lanzas, dardos y armas arrojadas, algunas de ellas sobre todo en el norte de Antioquia (Catío, Buriticá, Peque, Ituango, Nutabe, Tahamí), habían adoptado el arco y la flecha, tal vez por influencia caribe. La misma extensión de la antropofagia era más amplia en los pueblos donde la jerarquización se encontraba más consolidada, y más débil o ausente en pueblos menos diferenciados internamente o relativamente marginados de influjos recientes mesoamericanos o caribes.

Las instituciones sociales también cambiaban de pueblo a pueblo. En unas zonas la herencia del cacicazgo correspondía al hijo mayor del cacique, mientras en otras (quimbaya, picará, pozo, arma, anserma, nore y guaca) era heredero el hijo de la hermana. La endogamia entre los

caciques y la nobleza (que implica un esfuerzo para mantener puro un linaje elevado, en una sociedad donde la jerarquización se hacía sobre todo a través del sistema de relaciones familiares) se encuentra en los mismos pueblos que acaban de mencionarse, así como entre los carrapa, paucura, coconuco, caramanta, ebéjico y catío.

La existencia de ciertos rasgos comunes en la zona junto con diferencias culturales tan marcadas ha dado margen para muchas hipótesis sobre los orígenes de los indígenas de la región y sobre las influencias culturales a las que pudieron estar sometidos. La mayoría de los autores —basados particularmente en el canibalismo tan generalizado, y en menor medida en algunas evidencias lingüísticas y culturales— clasifican a los habitantes de la zona como caribes, y algunos mantienen aún la arbitraria subdivisión de los de la región antioqueña en tres grupos (catíos, tahamíes y nutabes), que carece por completo de bases⁸. Otros, en especial Trimborn, han insistido en que se trata fundamentalmente de una población de origen chibcha que asimiló grupos de otras proveniencias. Estas afirmaciones, sin embargo, no son concluyentes: sólo ha sido posible mostrar en forma relativamente segura el parentesco lingüístico de los idiomas de los páez y coconucos con el chibcha; por otro lado, las semejanzas culturales son bastante vagas y difíciles de interpretar, sobre todo por la influencia evidente de otras culturas —como las de mesoamérica, la de los caribes e incluso, en ciertas regiones, de los indígenas del Ecuador y el Perú—, nada extraña en una zona sujeta a amplios intercambios económicos y culturales.

III. Los habitantes del Valle del Magdalena y sus vertientes

Existe cierto acuerdo fundamental entre los antropólogos para identificar a los diversos grupos existentes en las vertientes y el Valle del Magdalena, al menos desde la región de Simití hasta Neiva, como comunidades caribes, que habían realizado una penetración reciente a lo largo del río y sus principales afluentes. Así, entre éstos se mencionan Chiriguano, Sondaguas, Pantagoras, Yariquíes, Pemeos, Opones, Carares, Muzos, Colimas, Panches y Pijaos. Las delimitaciones entre estos grupos no son muy exactas y en gran parte convencionales. Los documentos de la época, por ejemplo, mencionan a veces a los colima como un pueblo muzo; por otra parte, la toponimia de las regiones muzo y colima es bastante similar a la de los panches, que a su vez resultan difíciles de diferenciar, hacia el sur, de los llamados pijaos.

Las descripciones etnográficas existentes muestran una gran similitud de costumbres entre los indios de esta región, con excepción quizás de los Sondaguas y Pacabuyes, entre las bocas del Cesar y las del Lebrija, notables por la existencia de poblados como Tamalameque y Simití, de más de mil bohíos cada uno según los españoles. Todos los otros son caracterizados como belicosos, valientes y renuentes a aceptar todo tipo de sujeción a los europeos. Dos informes sobre los muzos, de 1582 y 1584, coinciden en la descripción de rasgos que son comunes a los demás grupos de la región: se trataba de comunidades agrícolas sin caciques permanentes, en las que los jefes que iban a conducirlos en la guerra eran escogidos específicamente para esta tarea por los guerreros mismos. Por lo tanto, desconocían toda forma de tributo; la familia —las “parentelas”— era la base de la organización social. La pertenencia a ella era por vía materna, y la residencia también se definía en esta forma; eran, pues, grupos matrilineales y matrilocales. La alimentación se obtenía mediante la siembra de maíz, yucas y batatas, y era muy usado el fruto de la palma “cachipay”, “o pivijay”, cosechaban también algodón, que junto con el maíz servía como producto de intercambio para obtener sal y otros objetos de los vecinos chibchas. Hacían frecuente guerra a los chibchas, a los que probablemente habían desplazado de la región, pero eran frecuentes también los enfrentamientos entre varias tribus del mismo grupo lingüístico; practicaban, por último, la antropofagia⁹.

Estas características sirven para definir los rasgos más esquemáticos de los demás grupos caribes como los panches, que habitaron la vertiente oriental del Magdalena (Tocaima, Anapoima, Conchima, Iqueima, Síquima, Calamoima) y a cuyo mismo grupo se adscribieron varias comunidades de los llanos del Tolima (hondas, marquetones, gualíes, yaporocos, etc.), que a veces fueron señalados como pijaos, en una imprecisión que no tiene nada de extraña, pues se trataba de comunidades caribes de muy reciente inmigración, con una diferenciación cultural todavía muy poco avanzada.

Con el nombre de pijaos designaron los españoles a varios grupos de la cordillera Occidental, más o menos a la altura de Neiva, así como a algunas tribus que descendían hacia el Cauca —como los Quindos, los Tunesí y los Putimá— y a los indígenas de la cordillera entre Ibagué y la zona de los Páez, pueblos como los coyaima, natagaima, combeyma, calarma, etc. Según Castellanos, el nombre de “pijaos” se les dio a estos pueblos “porque la corpulencia de aquel asta se precian de traerla descubierta”¹⁰. Pero fuera de este hábito, y de las armas que usaban, no existen razones para pensar que constituían un grupo aparte y más o menos definido; pueden haber sido en cierto modo una invención de los españoles, que fueron extendiendo el nombre, dado originalmente a un grupo indefinido que prestó su ayuda hacia 1540 a los Yalcones en su guerra con los españoles, a todos los pueblos más o menos vecinos que se iban caracterizando por ofrecer una resistencia demasiado decidida y áspera a los españoles, sobre todo cuando las prácticas guerreras iban acompañadas de la antropofagia. Desde las primeras luchas con los españoles resultaron notables por su resistencia, que exaltó Castellanos:

“Selváticos, caribes, atrevidos, todos en general, y en tanto grado, que muertos pueden ser mas no rendidos a condiciones de servil estado”¹¹.

Y durante todo el siglo lograron mantener su independencia, atacando con frecuencia a los españoles, sin ahorrar a los grupos indígenas más o menos sometidos al dominio de los conquistadores.

Algo inesperado resulta el hecho de que no hubieran sido usados, según los testimonios más antiguos, el arco y la flecha; parece que la utilización de este armamento se había difundido, de norte a sur, más o menos hasta donde limitaban los llamados panches con los pijaos¹². Si esto puede llegar a implicar una diferencia de filiación cultural es algo que no puede decirse aún y sigue como un problema abierto a investigaciones futuras.

Los cronistas mencionan como grupo independiente el de los sutagaos, ubicado entre los ríos Sumapaz y Panche, o sea en los actuales municipios de Pandí y Cabrera. Pocas son las informaciones sobre su cultura y los conocimientos arqueológicos sobre ellos: Simón los menciona como aliados de los indios de Cunday y Sumapaz, y resulta probable que fuera un grupo caribe muy similar a los panches, pues algunos testimonios los confunden con éstos.

En la parte alta del valle del Magdalena habitaban poblaciones que recibieron bastante atención de los primeros cronistas, pero éstos, más que descripciones de sus usos y costumbres, nos han dejado un vivo recuento de la dura oposición a los españoles, bastante novelado y lleno de intrigas y leyendas, entre las que se destacan las historias de la Gaitana y Pigoanza. Los grupos principales mencionados por conquistadores y documentos son los Yalcones, en la ribera del río La Plata, los Timaná entre el Magdalena y el río Suaza, y los Páez, en la ribera del río de su nombre (actuales municipios de Inzá, Páez y Toribío). Las descripciones de los cronistas no se cansan de insistir en su canibalismo; llevaban incluso vasijas a las batallas para cocer a los prisioneros. Practicaban la deformación craneana y según algunas crónicas eran sodomitas; usaban las cabezas de los vencidos como trofeos. Cultivaban maíz y papa, como bases de alimentación. Parece que tenían caciques hereditarios, lo que coincide con el tamaño de sus agrupaciones, mucho más amplio que los grupos tribales: para los Yalcones, por ejemplo, ha calculado Friede una población de unos 25.000 habitantes en el momento de la conquista¹³.

Por algunos de los rasgos anteriores han sido clasificados como caribes por la mayoría de los investigadores, pero hay al menos dos argumentos para mantener esta afiliación como dudosa: la carencia de arcos y flechas y el caso de los Páez. Estos son descritos por los cronistas con términos similares a los Yalcones y Timaná, y las alianzas entre los tres grupos contra los españoles son lo suficientemente frecuentes como para suponer algún parentesco étnico o cultural. Ahora bien, la lengua páez ha sido clasificada como chibcha, y se ha sugerido incluso que los grupos páez representan una modificación de la cultura conocida como de Tierradentro (desaparecida ya cuando llegaron los españoles y caracterizada por amplias cámaras funerarias subterráneas) o hasta como descendientes del antiguo grupo de San Agustín. Esto lleva a pensar en la supervivencia de un sustrato anterior a las invasiones caribes, modificado en forma que no es posible establecer como resultado de estas invasiones. Un indicio de que los pueblos

de esta región no eran el producto de una migración reciente, como lo fue la caribe, está en la diferenciación muy grande de los idiomas de la zona.

En la parte alta de la cordillera Oriental, cerca a la región de los Timaná, o quizás en la vertiente del Putumayo, se encontraban otros grupos que posteriormente influyeron sobre los anteriores, los atacaron y fueron conocidos en el periodo colonial con el nombre colectivo de los andaki. A ellos se hará referencia en el siguiente volumen de este estudio.

IV. Los Chibchas

Entre los pueblos sojuzgados por los europeos, el más importante desde el punto de vista de su desarrollo social fue el de los chibchas; además fue el grupo étnico que contribuyó con un aporte mayor a la conformación de la población colombiana y alrededor de sus centros y con base en el trabajo de sus miembros se establecieron los principales núcleos de la dominación española durante la Colonia¹⁴.

Los chibchas habitaban un extenso territorio —unos 20.000 kilómetros cuadrados, de los cuales aproximadamente 3.000 representaban tierras planas fácilmente cultivables— en los actuales departamentos de Cundinamarca, Boyacá y Santander¹⁵. El centro de su hábitat estaba en la planicie cundiboyacense, en especial los valles aluviales de Bogotá, Ubaté, Duitama y Sogamoso, pero ocupaban también muchas de las vertientes más ásperas y de los pequeños valles fluviales templados de la cordillera Oriental. Además, parece que, hacia la época de la Conquista se encontraban en un proceso de expansión geográfica, al menos hacia nuevas tierras en la vertiente oriental de la cordillera. Por otro lado, la frontera occidental que lindaba con indios muzo, colima y panche, enfrentaba a los chibchas a grupos muy belicosos, que les habían hecho abandonar algunos de sus dominios.

Con mucha frecuencia se han incluido los guanes dentro del grupo chibcha, pero en el estado actual de los conocimientos esto debe descartarse; el grupo de los agatá, por el contrario, puede incluirse con alguna confianza en aquél.

En el momento de la conquista, la población chibcha estaba en un proceso de rápido cambio sociopolítico, que parecía conducir a la unificación de toda la región bajo el dominio de los grandes estados, el del Zipa de Funza y el del Zaque de Tunja. Para 1536 este proceso estaba bastante avanzado, y la mayoría de los cacicazgos de los chibchas se habían sometido ya a la autoridad de uno de los dos señores. Quedaban, sin embargo, algunas comunidades todavía independientes, como en la zona montañosa de Lenguazaque, Gachetá y los valles de los ríos Moniquirá y Suárez; incluso en el caso de cacicazgos que habían perdido la independencia, esta pérdida implicaba sólo modificaciones muy leves en la estructura interna de cada comunidad. Dentro de este sistema emergente, la sociedad chibcha formaba un sistema jerárquico en el que cada individuo estaba sujeto a un cacique y éste a su vez se encontraba sometido a un cacique de mayor poder, el zipa o el zaque. Los habitantes de cada comunidad estaban obligados usualmente a pagar tributo y a realizar ciertos trabajos para su propio cacique, y además a pagar tributo, realizar trabajos y prestar obligaciones militares para el zipa o el zaque. En el último reino, además, quizás como residuo de una situación anterior, algunos de los caciques subordinados, como los de Sogamoso y Duitama, recibían a su vez servicios y obligaciones de caciques menores, mientras ellos mismos debían prestarlas al cacique de Tunja¹⁶.

Pero este sistema de subordinación, en el que el dominio se reconoce en el tributo y en la realización de algunos trabajos, y en algunos rituales y ceremonias, no implicaba en general, con excepción de algunas áreas donde esto comenzaba a esbozarse, la existencia de autoridad o poder del cacique de Funza o de Tunja sobre las comunidades aldeanas sometidas. Otra indicación del alto grado de jerarquización de la sociedad la da la existencia de "capitanes", como fueron llamados por los españoles, que desempeñaban funciones, cuya naturaleza no se ha precisado, a la cabeza de "partes" o "parcialidades" en las que cada comunidad se dividía. Entre otras funciones, las partes desempeñaban algunas relacionadas con reglas matrimoniales: eran habitualmente exógamas. La idea de que constituían clanes, sostenida por G. Hernández Rodríguez, carece de base en las evidencias disponibles. Caciques y capitanes eran hereditarios

—aunque para los últimos esto no está absolutamente establecido— y es probable que fueran parte de familias destacadas, relativamente cercanas a la familia del cacique mismo.

El grupo sacerdotal recibía una preparación especial y practicaba los rituales a las divinidades del grupo, entre los que se deben mencionar los sacrificios humanos al Sol, de los que eran víctimas principalmente niños y prisioneros de guerra. Las tradiciones chibchas daban especial importancia a un educador y legislador, Bochica, quien habría enseñado, entre otras cosas, la técnica del tejido. La religión parece haber girado alrededor de deidades creadoras y de diosas femeninas maternas, protectoras de la agricultura. Sobre todas estas tradiciones y leyendas dejaron los cronistas un extenso y confuso relato, muy importante pero que cae por fuera del tema de este trabajo.

También existían guerreros permanentes, al menos en las zonas de frontera con las poblaciones caribes, y las funciones de mando militar parecen haber estado reservadas a una especie de nobleza.

Volviendo al cacique, éste utilizaba los tributos recibidos en su consumo individual o para formar depósitos alimenticios para casos de guerra o necesidad, y para consumirlos con sus sujetos en ocasiones solemnes, grandes festejos y celebraciones: el trabajo dado por los indios se dedicaba al cultivo del sembrado del cacique, al sostenimiento del sacerdocio y, en algunas instancias, parece que a la elaboración de algunas obras comunes, como canales para la desecación de zonas pantanosas y en menor medida para riego de los cultivos. Así, el cacique desempeñaba importantes funciones en el manejo y distribución del excedente económico producido por los indígenas y concentrado mediante el tributo en especie y en trabajo; a esto se añadían las funciones de jefe militar y en muchos casos religioso. Fuera de esto los testimonios de los cronistas atribuyen a los chibchas una variada y extensa legislación, que castigaba ciertos delitos en forma establecida por normas conocidas por todos; esto indica el surgimiento de un poder estatal y la utilización de fuerza para respaldar la autoridad. Los tabúes sobre la persona cacique —nadie podía mirarlo a la cara—; las reglas suntuarias y ceremoniales que limitan, por ejemplo, el uso de ciertos objetos y productos al cacique —por ejemplo, la carne de venado era vedada para los habitantes comunes—, muestran la misma consolidación de la autoridad del cacique y de su poder. Su sucesión, por lo demás, estaba reglamentada con precisión; en la mayoría de las comunidades la herencia del cacicazgo era por vía matrilineal (lo sucedía el hijo de la hermana mayor del cacique) y en algunos casos se realizaba una elección. Según Pedro Simón, para seleccionar al Zipa se colocaba a los posibles sucesores, desnudos, frente a las más hermosas doncellas del reino, también desnudas; el que demostrara mayor dominio sobre la carne era elegido¹⁷.

Los chibchas constituían comunidades agrícolas, cuyos cultivos principales eran la papa, de la cual habían desarrollado un número notable de variedades, y el maíz. Además, sembraban frijoles, varios tubérculos y verduras como las auyamas. El cultivo se hacía en parcelas cuyo dominio pertenecía a la comunidad, pero cuya posesión correspondía a cada familia, que las transmitía en forma hereditaria a los descendientes del jefe familiar. A pesar de que el cultivo era individual, conservaban los chibchas algunas formas de trabajo colectivo, principalmente en el cumplimiento de sus obligaciones con el cacique y en trabajos de ayuda mutua entre las familias.

La tecnología agrícola existente permitía a los chibchas la obtención de rendimientos relativamente elevados, al menos en cuanto cada unidad de superficie y de trabajo podía sostener un alto número de personas. Se ha calculado que cada hectárea podía producir, en papa, suficiente producto para alimentar al año a seis personas, y no requería más de unas 100 jornadas de trabajo al año¹⁸. Según esto, habría bastado la siembra de unas 200.000 hectáreas (o sea una décima parte del territorio ocupado) para sostener una población de 1.200.000 habitantes. Pero ya esta densidad implicaba la utilización total de las tierras más fértiles y de más fácil cultivo, y el recurso a tierras menos productivas, sobre todo si se tiene en cuenta la necesidad de dejar en descanso buena parte de la tierra, en razón de las técnicas usadas. De modo que es probable que la disponibilidad de tierras para un crecimiento adicional de la población no fuera muy grande; los testimonios españoles tienden a indicar que se estaba sembrando ya prácticamente toda la tierra utilizable. En este caso, un aumento de la producción sólo habría podido resultar de un uso más intensivo de la fuerza de trabajo, que

aumentara el rendimiento por unidad de superficie: el recurso a terrazas y riego indica que se marchaba en esa dirección, que podía apelar a una amplia reserva de tiempo de los indios; Jiménez de Quesada relata que dividían el mes en tres partes, una de las cuales la dedicaban a las tareas agrícolas, mientras dejaban la otra para fiestas y consumo de hayo —y eran “gente muy perdida para cantar y bailar a su modo”— y la última para el goce con sus esposas¹⁹. En sentido contrario, toda innovación que llevara a una utilización de la tierra que disminuyera la intensidad del uso de la mano de obra y la capacidad de alimentación de la población —como por ejemplo la eventual introducción de ganado— iba por fuerza a producir una drástica disminución de la población indígena.

Además, se alimentaban los chibchas con productos de la caza y la pesca, que eran muy abundantes pese al número restringido de especies existentes; el venado, que había llegado a ser uno de los animales más frecuentes de la zona —quizás por la misma prohibición—, estaba reservado al consumo del cacique y a ciertas festividades. Estas, por su parte, estaban acompañadas por un consumo muy elevado de chicha, bebida alcohólica elaborada a partir del maíz.

Las técnicas textiles estaban muy avanzadas, y la producción de telas y mantas de algodón era una de las principales actividades de los chibchas; debe tenerse en cuenta que la zona habitada era bastante fría. Además del tejido, los artesanos chibchas elaboraban cerámicas, cestas y objetos de oro, tareas para las cuales existía cierto grado de especialización regional. Los españoles destacaron la existencia de un pueblo de los Olleros, especializado en la alfarería (zona de Tinjacá y Ráquira) y según su testimonio, los indios de Guatavita se especializaban en la orfebrería. En este caso parece que los orfebres se trasladaban por largos periodos a trabajar en otras comunidades, al servicio de sus respectivos caciques. Los instrumentos agrícolas y militares (macanas, tiraderas, dardos y lanzas) eran usualmente de madera y representaban otros de los campos de acción de la artesanía de la altiplanicie.

La especialización de la producción artesanal, así como la necesidad de obtener materias primas en áreas vecinas y la disponibilidad de algunos productos de difícil obtención en otras regiones llevaron a un amplio comercio entre los chibchas y las comunidades vecinas. Prácticamente todo el oro y el algodón que utilizaban, lo mismo que el hayo o coca, provenían de transacciones con otros pueblos, a los que daban en cambio mantas, panes de sal y esmeraldas. El comercio intrarregional, por otro lado, parece haber desempeñado un gran papel dentro de la vida indígena, como lo demuestra el hecho de que se realizaran mercados semanales en algunas localidades.

El número de comunidades (cacicazgos) chibchas se acercaba a 150. La población de cada una podía oscilar entre 5 y 10.000 habitantes: los cronistas hablan con frecuencia de pueblos de 800 a 1.000 casas. La densidad de la población, si suponemos un total aproximado de 800.000 a 1 millón 200 mil, estaba entre 40 y 60 habitantes por kilómetro cuadrado, que resulta perfectamente factible con la tecnología agrícola existente. No se ha podido establecer con precisión si la población vivía en núcleos aldeanos o en forma dispersa, pero lo más probable es que haya sido en la segunda forma. Las investigaciones arqueológicas no han logrado localizar aldeas nucleadas sino en forma ocasional, e incluso en tales casos debe tratarse esencialmente del llamado “cercado del cacique”, donde estaba la habitación de éste y sus allegados, junto con edificios ceremoniales y religiosos y con depósitos de alimentos y provisiones.

Los chibchas constituyeron la base para un amplio proceso de mestizaje con los españoles en el oriente colombiano: muchas de las comunidades mestizas conservaron elementos culturales de la tradición chibcha, mezclados con rasgos de origen europeo y con aquellos que se originaron en el proceso mismo de conquista y sojuzgamiento, con sus choques y violencias. El consumo de la chicha y el juego del tejo son los ejemplos más conspicuos de esto, pero pueden encontrarse múltiples instancias en las formas de religiosidad popular, en los rasgos de la estructura familiar, en los rituales funerarios y quizás en lo que podría llamarse la “mentalidad colectiva” de los pueblos mestizos actuales.

V. Otros pueblos del oriente colombiano

En las hoyas y vertientes de los ríos Suárez y Charalá, así como en parte de la hoya baja del Chicamocha, en un clima variado y con una topografía quebrada, habitaban los pueblos conocidos como guanes. Constituían un grupo diferente de los chibchas, con un lenguaje distinto, aunque algunas características revelan que se encontraban en un nivel de desarrollo más cercano a éstos que a sus vecinos caribes. Según Castellanos la región Guane tenía 30.000 casas pobladas, de “dos y tres vecinos cada una”²⁰.

Las comunidades eran grupos independientes, aunque Castellanos²⁰ afirma, en sentido contrario, que todos obedecían a Guanentá, uno de los caciques. Los caciques eran permanentes, probablemente hereditarios, pero no parece que recibieran un tributo regular; en este sentido estaban los guanes en un nivel de desarrollo social menos complejo que sus vecinos del sur.

Eran pueblos agricultores, que centraban su producción en el maíz, pero cosechaban también algodón, verduras y frutales. Como los taironas, los sinú y los chibchas utilizaban en algunas zonas sistemas de riego, como lo indica Castellanos:

“Porque tenían por en los acequias tal los regadías antiguas manera moradores y curiosos heredades, cursadas, satisfacía el codicioso fin de los cultores”²¹.

La extracción de oro y la producción textil eran también notables, y les servían para mantener un intenso tráfico comercial con los chibchas; la elaboración de cerámicas y cestería se hacía ya en cierto grado por artesanos especializados y en regiones determinadas.

Su armamento era similar al de los chibchas: tiraderas, hondas, macanas y lanzas; no usaban el arco y la flecha y de sus prácticas guerreras parece haber estado ausente la antropofagia. Aunque no adquirieron fama de muy belicosos, resistieron a la dominación española con bastante decisión, y se rebelaron una y otra vez en los años posteriores a la conquista hasta quedar virtualmente aniquilados.

Los habitantes del norte del Chicamocha, en la región de Pamplona y los valles del Zulia y el Táchira recibieron de los españoles el nombre colectivo de Chitareros, y aunque poco se sabe sobre su forma de vida y sus costumbres, la escasa evidencia indica que se trataba de comunidades indígenas con cierta afinidad y con lenguas y dialectos más o menos similares. Las características señaladas por los cronistas no permiten su clasificación dentro de ninguno de los grandes grupos en los que se ha intentado dividir la población indígena del país. Según Aguado no tenían cacique permanente, sino que escogían para cada guerra “al más rico y valiente” de cada pueblo. Pero estos datos son inseguros, pues la conquista de los chitareros fue muy lenta y es probable que representen una generalización arbitraria de rasgos encontrados en algunas comunidades²². Documentos algo tardíos —de finales de siglo— indican, contra lo afirmado por Aguado, que por lo menos en algunos pueblos tenían caciques permanentes y hereditarios (por vía paterna en la mayoría de los casos, pero se encuentran menciones de herencia matrilineal), e incluso que pagaban a éstos tributos en trabajo (labranzas) y, en menos ocasiones, en mantas²³.

Los chitareros, de los cuales se sometieron más de 60 comunidades en los primeros años de la conquista, eran agricultores, y cultivaban maíz, papa, yuca, frisoles, apio, a los que añadían curíes, venados y conejos. Sembraban algodón e iban vestidos con mantas, aunque en muchas zonas el clima no era muy riguroso. El algodón y la bija o achiote eran productos comerciales habituales. Según Aguado, “sus cantos y borracheras y entierros son los de los indios Moxcas”, con lo que sugiere una relación con los chibchas que no concuerda con el bajo nivel sociopolítico que él mismo les atribuye.

Otras provincias menos densas fueron señaladas por los españoles en la cordillera oriental. En la zona de Chicamocha indicaron la presencia de un grupo armado de lanzas y macanas al que denominaron laches, al que pertenecían entonces los indios de las vertientes occidentales de la Sierra Nevada de Cocuy (Cocuy, Chiscas, Chita, Panqueva, Boavita). Quizás los indios de

Tequia, Camara, Cepitá y Umpala, pertenecían también al grupo lanche, pero Aguado es enfático en negar esta afiliación²⁴. Fueron dominados con relativa facilidad, pero poco se sabe de su cultura. Algunos historiadores han sugerido que su idioma, al menos, pertenecía al mismo grupo lingüístico de los chibchas y de sus vecinos, los tunebos. Este último pueblo se encontraba en la vertiente oriental de la Sierra Nevada del Cocuy, y hacia el Páramo de Pisba; hoy se encuentran grupos de descendientes en los llanos y en el piedemonte, por el río Margua, que hablan un idioma de estrecha relación con el chibcha. Los conquistadores mencionaron también, en el curso medio del río Lengupá, en dirección a los llanos, a los indios tecuas o teguas, pero carecemos de toda información etnográfica sobre ellos.

No son muchas las referencias existentes a la población indígena de los Llanos Orientales en la primera mitad del siglo XVI. La mayoría de las descripciones son del siglo XVIII y en menor medida provienen del siglo XVII y de finales del XVI. Esto se explica porque, con escasas excepciones, no se hizo un intento serio de sujetarlos en los primeros años de la conquista; esta tarea fue asumida mucho después. Por esto no tenemos una imagen segura de la distribución de los grupos indígenas, en esta época y a la mayoría de ellos nos referiremos en el segundo volumen de esta obra. Uno de los pocos para el que tenemos alguna información etnográfica es el de los Guayupes, que habitaban hacia 1560 la región del Ariari y el Guape al sur de Villavicencio²⁵. Se alimentaban principalmente de yuca y maíz y se emborrachaban con tabaco y yopa. Habitaban viviendas multifamiliares, eran sedentarios y practicaban la costumbre de la covada. Recientemente habían abandonado el hábito de enterrar a los muertos, que reemplazaron por la incineración y la conservación de las cenizas en vasijas especiales. Como armas usaban dardos arrojadizos y macanas. Otros grupos ligados con el anterior eran los Saez y los Eperiguas. Los primeros acostumbraban comerse parcialmente a sus muertos luego de quemarlos; los cronistas se extrañaron también por la aparente lasitud de los lazos conyugales: según Aguado, las mujeres cambiaban de marido fácil y frecuentemente, y eran en ocasiones las que hacían la elección del cónyuge. Otros grupos mencionados, sin mayores descripciones, por los españoles, fueron los Choques, los Achaguas, los Sálivas, los Goahivos y algunos grupos antropófagos que habitaban el piedemonte de la cordillera Oriental, entre el río Papamene y el Putumayo.

VI. Los pueblos del macizo colombiano y de la altiplanicie de los Pastos

Los grupos de conquistadores que entraron al territorio actual de Colombia en 1535, desde Quito, encontraron en las altiplanicies andinas una densa población entre las que se destacaron los pueblos indígenas conocidos como Pastos y Quillacingas, los indios del Patía en la vertiente occidental de la cordillera, los Sibundoy, en las partes altas de la vertiente oriental, y los habitantes de las zonas de Almaguer y Guachicono.

Sobre estos últimos poco sabemos. Juan López de Velasco se limita a describirlos como "caribes", lo que usualmente implicaba para los españoles la conjunción de antropofagia, belicosidad y ausencia de caciques permanentes, aunque no siempre todos estos rasgos se encuentran en los indios así denominados. Los sibundoyes formaban comunidades agrícolas en el valle de su nombre, en la parte alta de la vertiente del Putumayo. Cerca a las fuentes del río Mocoa habitaron pueblos a los que se dio este mismo nombre. De éstos, los sibundoyes han logrado sobrevivir hasta hoy, así como los Kofanes. Los indios del Patía fueron descritos por los españoles como caníbales bastante numerosos, armados de dardos y lanzas —un rasgo usualmente no caribe—, y dueños de grandes cantidades de oro.

Finalmente, los Pastos y Quillacingas formaban dos grupos de distinta lengua, muy densos, que con los chibchas fueron uno de los grupos que sobrevivieron mejor a la dominación española y constituyeron parte importante de la fuerza laboral colonial. Las primeras descripciones atribuyen a los primeros, que vivían cerca a la frontera con el actual Ecuador, una cultura agrícola avanzada, centrada en la papa y el maíz, armamento muy simple y un carácter pacífico. Su lengua ha sido asociada por los investigadores con la Tukano, una rama de la familia chibcha. Los últimos, habitantes de la altiplanicie cercana al municipio de Pasto actual, eran, según los cronistas, antropófagos y muy belicosos; su lengua, según Sergio Elías Ortiz, hace parte también del grupo chibcha²⁶.

VII. El tamaño de la población indígena en el momento de la conquista

Desde los primeros encuentros con los habitantes del actual territorio colombiano los europeos manifestaron una gran sorpresa por el elevado número de los indígenas con los que entraban en contacto. En varias regiones del país, como el Darién, el litoral Atlántico entre Cartagena y Santa Marta, los valles del Cesar y del Cauca, la altiplanicie cundiboyacense, etc., los españoles tropezaron con densas poblaciones, a las que se refirieron con los más exaltados adjetivos.

Una y otra vez los conquistadores hablaron de "grandes poblaciones", de zonas tan habitadas que no era posible encontrar nada parecido en la misma España, de regiones en las que se encontraba un pueblo casi a cada hora de marcha.

Por otro lado, los mismos conquistadores, con ocasión de sus enfrentamientos armados con los indígenas, dieron frecuente testimonio del volumen de los ejércitos con los que tenían que luchar, y son habituales las menciones de 10, 15 o 20.000 combatientes, que indican pueblos muy numerosos, si se tiene en cuenta que raras veces los indios de grupos diferentes se unieron para luchar con los invasores. Con base en estas informaciones, los cronistas y algunos historiadores posteriores calcularon en forma aproximada la población de grandes regiones del territorio ocupado por los indios, señalando cifras cercanas a un millón de habitantes, por ejemplo, para los pueblos chibchas y para los habitantes del actual territorio antioqueño, o de 1.500.000 indios para el valle del río Magdalena.

Estas afirmaciones han sido discutidas con mucha frecuencia, y en los últimos años han sido consideradas tales cifras excesivas por estudiosos como Angel Rosenblat, R. Kroeber y en especial Jaime Jaramillo Uribe²⁷. Para ellos, estas cifras representan cálculos imprecisos y exagerados, que reflejan el deseo de los españoles de exaltar su valor al someter con pocos efectivos numerosas poblaciones. Además, se han señalado que las investigaciones arqueológicas no han demostrado la presencia de restos y ruinas de tal magnitud que permitan suponer la existencia de poblaciones tan altas. Por otra parte, estos autores consideran que ni el grado de desarrollo social, ni la tecnología disponible para la producción de alimentos permitían un crecimiento demográfico muy grande.

Sin embargo, algunos trabajos recientes han vuelto a sostener la verosimilitud de las cifras dadas por los cronistas y a postular una población elevada para el territorio de la actual Colombia. Así, Leroy Gordon sostiene que el tipo de economía agrícola de la región del Sinú habría permitido mantener una población cercana al millón de habitantes, y Carl O. Sauer, con base en argumentos geográficos, sugiere cifras similares para la región del Darién²⁸. Igualmente alto podría haber sido el rendimiento agrícola de la zona chibcha, al menos para alimentar la población de algo más de un millón de habitantes que se deduce de los informes de los cronistas y algunos documentos de la época. Del mismo modo los estudios recientes descartan el argumento fundado en la ausencia de corroboración arqueológica para poblaciones elevadas, pues son tan pocos los trabajos realizados y tan raras las excavaciones, que resulta imposible sacar conclusiones en cualquier sentido con base en ellas.

Por esta razón la mayor parte de las investigaciones de los últimos años han partido de las cifras de indios tributarios establecidas por funcionarios de la Corona, especialmente alrededor de 1560, para calcular con base en el número de tributarios la población total en ese momento y en algunas épocas posteriores. A partir de cifras para fechas diferentes se han calculado tasas de disminución de la población, que permiten, mediante una extrapolación, obtener la población probable en el momento de la llegada de los españoles a determinada región. Con este método Juan Friede ha calculado una población superior a los 500.000 habitantes para la región de Tunja²⁹ y Germán Colmenares, comparando varias series documentales, calcula la población total del territorio colombiano en alrededor de 3.000.000 de habitantes para 1537-30.

Estas investigaciones apenas comienzan y por lo tanto toda generalización y totalización es apresurada. Por lo tanto, las cifras del cuadro 1, basadas en los estudios mencionados, pero que en muchos casos modifican sus conclusiones, son tentativas; las cifras de 1560 son las más confiables, pues se basan en cifra de tributarios, pero las anteriores dependen de descripciones menos precisas y supuestos más arbitrarios sobre los efectos de la conquista y acerca de la capacidad de la economía indígena. El mapa 2 representa una distribución hipotética de la población indígena hacia 1535-40, basada en la información demográfica resumida en el cuadro

1 y en las listas de encomiendas existentes entre 1540 y 1595. Junto con la población indígena se han indicado las poblaciones españolas fundadas entre 1526 y 1561. Vale la pena destacar las grandes masas de población de las altiplanicies de Bogotá, Tunja-Sogamoso, Pasto y Túquerres, así como el grado de ocupación de algunos valles como el del Cauca entre Popayán e Ituango y el del río Suárez. La escasa densidad de las llanuras de la costa Atlántica refleja ya los efectos de 40 años de contacto con los españoles; la ausencia de población en las tierras bajas de la costa Pacífica indica nuestra ignorancia al respecto. En resumen, se advierte que las altiplanicies elevadas se encontraban ya muy ocupadas por poblaciones indígenas, algunas de las cuales comenzaban a derramarse por las vertientes templadas de las cordilleras; al mismo tiempo nuevas poblaciones como las de origen caribe se habían establecido en casi todos los valles cálidos de los ríos del interior. Las razones de estas formas de ocupación fueron sin duda bastante fuertes y la conquista española, pese a cambios tan importantes en la relación con el ambiente geográfico como el introducido por la cría de ganados, apenas modificó las líneas básicas en la distribución de la población: el mapa para 1535-40 no resulta demasiado diferente del que corresponde al censo de 1871.

Entre 1501 y 1535 prácticamente todos los contactos entre españoles se dieron en la costa Atlántica y las sabanas adyacentes. En algunas regiones la población indígena fue víctima de continuas expediciones esclavistas; la resistencia de los nativos fue muy violenta y los españoles usaron una y otra vez medidas bastante destructivas contra los rebeldes: incendio y destrucción de pueblos, eliminación física de la población, quema y arrasamiento de cultivos, etc. Ejemplos de esto se dieron en la gobernación de Pedrarias Dávila, en los encuentros iniciales con los indios de Calamar y de Santa Marta y en la expedición de Alfínger por el valle del Cesar. La crueldad de las formas de lucha contra los indios resulta en estos casos imposible de exagerar. Fuera de esto, se presentaron los usuales efectos del contacto, entre españoles e indígenas: epidemias, enfermedades, muerte de indios sometidos a trabajos desacostumbrados, desorganización de la vida social y familiar de los indios.

Durante el siguiente periodo, entre 1535 y 1560, se extendió la ocupación española al interior del país, especialmente a los valles del Cauca y el Magdalena y a las altiplanicies del sur y el oriente. El enfrentamiento de los conquistadores con las comunidades locales produjo la habitual disminución de la población, que resultó drástica donde los indios se enfrentaron con mucha fuerza a los españoles (valle del Cauca, Timaná y La Plata) y un poco menos acelerada en zonas como las de los chibchas o los indios del sur del país, donde el sometimiento de los indígenas fue más fácil y, por razones en parte geográficas, las condiciones del trabajo servil menos duras. Algunos grupos muy belicosos y favorecidos por la topografía pudieron conservarse algo, especialmente cuando el atraso indígena y la ausencia de oportunidades económicas en una zona ayudó a mantenerla por fuera del dominio efectivo de los conquistadores. (Zonas de Pijaos, Carares, etc.).

En todo caso, las cifras del cuadro adjunto logran dar una idea, así sea vaga, de la magnitud del indiscutible proceso de destrucción de las poblaciones originarias del territorio actual del país. Esta destrucción obedeció a causas múltiples y muy variadas, entre las que vale la pena destacar el comercio de esclavización, la muerte violenta en enfrentamientos militares, enfermedades, disminución de las tasas de natalidad de los indígenas a causa de cambios en la estructura de la población y del alejamiento de varones, la expansión de prácticas anticonceptivas, abortivas o infanticidas, los efectos del trabajo servil (muertes por castigos, maltratos, trabajos muy pesados; debilitamiento, etc.); destrucción de la economía indígena por el saqueo, el arrastramiento de las sementeras, la negativa a sembrar por parte de los mismos nativos y, por último, los suicidios individuales o colectivos de los indios. Al lado de estos factores de disminución real de la población indígena, hay que considerar, aunque durante este periodo su efecto sobre los volúmenes globales de población no haya podido ser muy grande, el fenómeno del mestizaje, que será comentado en un capítulo posterior.

CUADRO No. 1 POBLACION INDIGENA EN EL TERRITORIO COLOMBIANO 1535-1560

REGION	1535-40		1560	
	Varones adultos ¹	Población total	Tributarios ²	Población total

COSTA ATLÁNTICA				
Santa Marta y Valledupar	90.000		(?)	
Riohacha	6.000		400	
Cartagena, ompox, Tolú, Sinú y María Darién y Urabá	40.0003		7.500	
Tenerife y Tamalameque	—		(?)	
	—		2.000	
<i>Totales estimados</i>	<i>150.000</i>	<i>500.000</i>	<i>20.000</i>	<i>60.000</i>
VALLE DEL CAUCA				
Popayán	12.000		9.000	
Cali, Buga y Cartago	68.000		12.000	
Anserma, Arma y Caramanta	109.000		7.000	
Santa Fe de Antioquia	100.000		5-6.000	
Ituango	—		15.0004	
<i>Totales estimados</i>	<i>300.000</i>	<i>1.200.000</i>	<i>48-49.000</i>	<i>160.000</i>
ALTO MAGDALENA				
Timaná y La Plata	37.000		5.500	
Páez, Pijaos	—		30.0004	
<i>Totales estimados</i>	<i>75.000</i>	<i>300.000</i>	<i>40.000</i>	<i>120.000</i>
VERTIENTES DEL MAGDALENA				
Neiva, Ibagué, Mariquita	48.0005		10.000	
Victoria y Remedios	—		(?)	
Tocaima, Trinidad, La Palma, Villeta	—		32-33.700	
Carare, Yarigüies, Pantagoras	8.0005		(?)	
<i>Totales estimados</i>	<i>100.000</i>	<i>400.000</i>	<i>60.000</i>	<i>180.000</i>
ALTIPLANICIE CENTRAL				
énez y Guane	100.0005		5-6.000	
Pamplona	50-0006		20.000	
<i>Totales estimados</i>	<i>300.000</i>	<i>1.200.000</i>	<i>120.000</i>	<i>400.000</i>
ALTIPLANICIE DEL SUR				
Pasto, Sibundoy	—		23-24.000	
Agreda, Madrigal, Iscancé	—		8-9.200	
Almaguer	15.000		3.600	
<i>Totales estimados</i>	<i>100.000</i>	<i>400.000</i>	<i>40.000</i>	<i>140.000</i>
ZONAS MARGINALES				
Llanos, Chocó, Amazonia, Barbaçoas		200.000		200.000
TOTAL		4.000.000		1.260.000

Referencias:

1. Datos de Fray Jerónimo de Escobar, Codoin; Vol. 41, 438-92. Las cifras sobre Riohacha y Santa Marta son de castellanos, II, 293 y 351; y las de Santa Fe y Tunja, de Oviedo, III, 125.
2. Cifras de López de Velasco, provenientes en general de visitas efectuadas entre 1558 y 1562.

3. Cálculo de Fray Francisco de Santa Marta en 1544 (DIHC, VII, 37)
4. Varones adultos; se trata de una cifra menos confiable que las demás de López de Velasco.
5. Cifras dadas por Pedro Simón, III, 58-63; IV, 39-57. El dato para Vélez y Guane parece muy alto, pero otros testimonios del siglo XVI concuerdan con él (Castellanos, IV, 332)
6. Simón, III, 293 y ss. Se origina probablemente en un testimonio enviado a Armendáriz al poco tiempo de la conquista.

Estas causas operaron en grados muy diversos según el carácter de cada grupo indígena y las condiciones de su conquista. Donde la población activa resistió con vigor a los españoles, la disminución estuvo más ligada a la guerra misma; donde el dominio español se implantó rápidamente fueron más importantes los efectos del trabajo servil y de la desintegración de las comunidades y familias indígenas. El relato de la conquista de las principales comunidades del país permitirá señalar en forma concreta algunos aspectos de este proceso de despoblación.

VIII. El nivel de desarrollo de los indígenas colombianos

El rápido y esquemático esbozo de las páginas anteriores permite formarse una imagen global del grado de desarrollo al que habían llegado los indígenas colombianos, lo que resulta importante para explicar los efectos de la conquista sobre los distintos grupos y su capacidad de ofrecer resistencia a los invasores, de aceptar las instituciones de servidumbre que surgieron del dominio de los americanos por los europeos, y de influir en forma clara sobre la cultura posterior del país.

Por lo que sabemos, todos los pueblos conocidos del territorio colombiano habían descubierto ya la agricultura, y casi todos los grupos la practicaban en forma continuada, habiendo establecido para tal efecto hábitos de ocupación sedentaria del suelo. Sólo algunos pueblos de los Llanos (fuera de la región amazónica, desconocida en el siglo XVI) realizaban su agricultura en forma que podemos considerar itinerante. El desarrollo de la tecnología agrícola describía una serie continua, desde los agricultores de playones que no ejercían ninguna preparación del suelo hasta los cultivos de chibchas, sinúes, taironas y guanés, que utilizaban técnicas tan avanzadas e intensivas como acequias de desecación y riego y a veces terrazas, aunque no en gran escala.

Estos niveles de desarrollo de las técnicas productivas correspondían a diferentes densidades y magnitudes absolutas de población. Los grupos mayores fueron los chibchas, sinúes y cuevas, que junto con los taironas y guanés tenían densidades muy elevadas. Una población numerosa y densa requería formas más o menos desarrolladas de organización política; permitía la ampliación de la división del trabajo y la aparición de especialistas en ciertas tareas económicas; abría el camino para la diferenciación social y el surgimiento de grupos especializados en el ejercicio de funciones políticas y religiosas. Es claro que el grupo más desarrollado en este sentido era el de los chibchas. Estos tenían ya un poder por encima de las comunidades inmediatas, que ejercía formas nacientes de autoridad independientes de la estructura familiar o tribal. Entre ellos, comenzaban a esbozarse clases o divisiones sociales con funciones especiales: sacerdotes y nobleza guerrera. En términos de la clasificación de Elman R. Service³¹, puede decirse que se encontraban en una etapa avanzada del estadio, de "reinos" o "señoríos", en el punto de transformación en un "estado primitivo": éste habría implicado que las clases sociales se consolidaran sobre una base económica y no simplemente político-social y la aparición definitiva del uso de la fuerza legalizada para imponer la autoridad de los gobernantes.

Dentro de esta misma etapa, pero con menor complejidad, se encontraban los Cuevas, los indios de Popayán, los de Guaca, los Guane, la mayoría de los pueblos del valle del río Cauca, los Tairona y los Sinú: se trata de grupos con caciques permanentes, desigualdad interna, funciones económicas de los jefes, y en las que la estructura económica había llegado a un nivel en el que se daba la especialización artesanal y regional y la existencia de un mínimo de producción continua destinada al comercio con otros grupos. Es posible que en algunos de estos grupos se pagara tributo, pero éste no permitía sostener un grupo amplio de miembros del clero o guerreros permanentes, como era el caso entre los chibchas.

La mayoría de las otras comunidades colombianas se encontraban en el estadio "tribal": la sociedad era igualitaria, los jefes se elegían solamente para responder a amenazas exteriores como la guerra y faltaba por completo todo tipo de institución política separada de los sistemas de parentesco. El sistema productivo, basado en la agricultura, no permitía aún poblaciones muy numerosas, y la productividad era tan baja, que resultaba imposible esclavizar a los enemigos, con los que existía una situación de guerra permanente, excepto por breves periodos antes de su sacrificio. Esto era el nivel de todos los grupos conocidos como caribes, y probablemente el de los chocó, los arhuacos y los grupos conocidos de los Llanos Orientales.

Es posible que en las selvas tropicales y en los Llanos Orientales hubiera indígenas en el estado de "bandas" familiares, grupos de recolectores y cazadores, sin dominio de la agricultura o que apenas empezaban a realizar una agricultura itinerante, pero no tenemos información que permita asegurarlo. Las bandas son usualmente muy pequeñas, y los españoles pudieron no prestarles atención; por otra parte, es evidente que en la mayor parte del territorio colombiano se había alcanzado un nivel más complejo de organización social y esto tiende a ser expansivo; tan pronto aparecen en una zona las tribus, con organización guerrera, los demás grupos se ven obligados a transformarse para adaptarse a la nueva situación.

La capacidad de resistencia militar de los grupos indígenas podía depender de su magnitud, del tipo de armamento disponible, de sus hábitos militares y su preparación moral para la guerra, y del tipo de estructura social. En la medida en que el objetivo español era la sujeción de los indios para que realizaran tareas laborales, puede esperarse que sólo los grupos acostumbrados a trabajar para sus caciques y el pago de tributos pudieron ser sometidos en forma permanente: éste fue el caso en particular de los chibchas, que además, pese a la presencia y la amenaza continua, en sus fronteras, de los caribes, tuvieron un armamento poco eficaz (sin arcos ni flechas y sin venenos), y una actitud no muy belicosa y algo resignada frente a la conquista; en cierto modo ya estaban acostumbrados a ser dominados. Por estos factores — experiencia de tributación y servicio laboral, armamento poco eficaz contra los españoles, actitud derrotista— perdieron la ventaja que podría haberles dado su elevado número. Los otros grupos relativamente numerosos, cuevas, sinúes, guanes, indios de Popayán y los reinos de toda la región del Valle del Cauca, resultaron en la práctica de muy difícil sometimiento: los indios no se resignaban a la sujeción y al trabajo servil, y aunque algunos contaban con un armamento que incluía el arco y la flecha, se trataba en este último caso de comunidades no muy numerosas. Además, el hecho de que se tratara de grupos de "reinos" independientes tenía el doble efecto de hacer más difícil la sujeción de una región —la caída de un cacique no llevaba al sometimiento de los otros; los españoles debían dividir sus fuerzas; los grupos pequeños podían usar técnicas basadas en ataques esporádicos, emboscadas, trampas, etc.— y al mismo tiempo el de hacer a la larga inevitable el sojuzgamiento, al hacer imposible que los indios presentaran un frente unificado ante los invasores y al permitir a los españoles usar las rivalidades entre aquéllos para obtener aliados y suscitar denuncias y traiciones. Por todo lo anterior, grupos como los mencionados ofrecieron continua resistencia, pero no lograron hacer gran daño a los peninsulares, y la situación de rebelión intermitente condujo habitualmente a su disminución numérica hasta el punto de su casi completa extinción. Este proceso fue aún más veloz en el caso de los indios de la costa, que fueron visitados por los españoles antes que los demás, en un momento en el que los conquistadores tenían menos experiencia y tendían a usar la violencia con menor discriminación: los cuevas fueron sujetos a una campaña de un terrorismo inimaginable, pese a que no eran muy belicosos; los sinúes fueron derrotados, por lo que parece, por enfermedades y epidemias, que los visitaron como vanguardia anticipada de los conquistadores.

Los tairona forman un grupo especial, pues pese a su desarrollo y a su complejidad social lograron oponer resistencia continua a los españoles, al menos hasta finales del siglo XVI: quizás tuvo importancia para esto el hecho de que habían adaptado el armamento caribe de sus vecinos, así como la aspereza de la zona a la que pudieron replegarse, en la Sierra Nevada. Los demás grupos que ofrecieron resistencia constituían tribus sin diferenciación interna armados con arco y flecha y situadas en medios con alguna dificultad para los españoles. Este fue el caso de muzos, chimilas, yalcones, pijaos, etc.

En resumen, los españoles lograron dominar un grupo cuantitativamente importante, el de los chibchas, e implantaron su dominación, a costa de una mayor disminución del grupo indígena

pero sin destruirlo del todo, entre los indios pastos y quillacingas y en algunas zonas del alto valle del Cauca. En casi todos los demás sitios los grupos desaparecieron en el proceso de dominación y sólo fue posible sujetar partes insignificantes de los indios; cuando se dio una sujeción aparentemente amplia, como la de los chitareros, resultó en una casi total desaparición de los sujetos en un breve plazo.